

Marta Fernández-Muro

La cabeza a pájaros

niños gratis*

Primera edición: septiembre de 2020
Segunda edición: diciembre de 2020
Tercera edición: abril de 2021

© niños gratis* 2020
www.niñosgratis.com

ISBN: 978-84-949333-4-9
Depósito legal: M-16773-2020

Diseño: Hnos. Paadín
Impresión: Punto Verde

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

CAPÍTULOS

- I. Nos fuimos — 13
- II. Un chico de Mansilla de la Sierra
y una chica de Lavapiés — 17
- III. La boda — 33
- IV. La Perfumería Inglesa — 39
- V. Me llamo Teresa y soy la mayor — 47
- VI. Lola, una cabeza que perdió el sombrero — 59
- VII. Más chulo que un ocho — 79
- VIII. Más muerta que viva — 93
- IX. Un Angelito a la chita y callando — 108
- X. En una mano los zorros
y en la otra el plumero — 119
- XI. Y para colmo un sultán — 128
- XII. San Agustín — 136
- XIII. Flor de un día — 148
- XIV. Invernadero — 156
- XV. Vecinos por azar — 164
- XVI. Los muebles de mi padre — 175
- XVII. Mucho frío, muchas pipas
y algún arrepentimiento — 184
- XVIII. Biarritz soñado — 201
- XIX. Mitad exilio mitad balneario — 211
- XX. De Buenos Aires vino un barco — 227
- XXI. Vamos naciendo, vamos muriendo — 235

- XXII. Me quedo en casa — 249
- XXIII. Jugar y cantar — 264
- XXIV. Invitados — 280
- XXV. A Dios rogando — 288
- XXVI. El principio de Arquímedes — 294
- XXVII. Dos caminos — 302
- XXVIII. Navidad — 308
- XXIX. Vacunas — 315
- XXX. Bailando sola — 320
- XXXI. Yo no — 325
- XXXII. Vencejos — 331

*El tiempo no lo cura todo.
El tiempo es la herida.*

JACOBO LLANOS

*He visto más cosas de las que recuerdo
y recuerdo más cosas de las que he visto.*

BENJAMIN FRANKLIN

Nota de la autora:

Esta historia no pretende reflejar la realidad. Lo que aquí se relata no se ajusta siempre a la verdad, pues está escrita con lo que mi memoria ha guardado y transformado a lo largo de los años.

Agradecida:

A Santiago Aguilar, Jorge de Cascante, Pepón Montero, Bárbara García Fernández-Muro y Juan Maidagán.

Dedicado a mis padres.

– I –

NOS FUIMOS

Estoy de pie delante del balcón. En la mano derecha tengo un café con hielo y en la izquierda un cigarrillo porque voy a volver a fumar. Y a mover las agujas del reloj como me dé la gana.

Si refresca de noche, se forma una pequeña corriente entre el cuarto de estar y la ventana del baño que da al patio interior. Por ese hueco me llega el sonido de los vecinos, casi siempre la voz del locutor que narra los Juegos Olímpicos.

Mi piso nuevo está solo a cuatro manzanas de la casa de la calle de San Agustín número 3, en la que vivieron mis abuelos maternos, mis padres después de casarse y en la que yo nací.

De este mundo que me creó y sostuvo salí en 1970, inmersa en una circunstancia que me impidió ver lo que estaba sucediendo y que nunca volvería a repetirse: yo tenía veinte años y estaba enamorada.

Aquella mañana en que me fui, sospechaba tan poco lo que iba a sucederme que creí que, bajando en el ascensor, me desprendería para siempre de un pasado que sentía como un lastre para alcanzar un futuro que me imaginaba mucho más excitante. Pero pronto descubrí que yo no era de las que abandonan lo suyo a la ligera, al contrario, era una niña que se arrepentía hasta de haber tirado el palo

de su caramelo, pensando, una vez que ya no podía volver a recogerlo, cómo se sentiría abandonado en una acera desconocida.

Sin embargo, no dediqué ni un minuto de mi tiempo a despedirme de la única casa en la que había vivido.

La muerte de mi abuelo rompió el último lazo que nos unía a este mundo ya en desuso, y mi madre, que apenas conocía otra versión de la vida, se sintió muy desprotegida. Vivíamos tiempos nuevos en un decorado muy antiguo y mantenerlo costaba un dinero que se había ido perdiendo por el camino.

Así que la mañana en que mi padre nos sentó en el cuarto de estar y nos anunció, como quien no quiere la cosa, «nos vamos a Barcelona. Allí me han ofrecido un trabajo mucho mejor pagado. Yo iré por delante para buscar piso», mi madre no dudó en cambiar un mundo en el que ya no podía manejarse por otro que todos desconocíamos, pero que nos pareció más atractivo.

Cuando salimos de San Agustín, solo quedábamos en casa mi hermana Belén, mi hermana Teresa, una muchacha de mi edad que se llamaba Pili y no hablaba nunca, y yo. Mi hermana mayor, Jujú, ya se había casado. La tata, nuestra tata, se había ido años antes para casarse con Antonio, un chico que trabajaba en unas tapicerías. Nos dejó solas, después de tantos años en los que había sido nuestro apoyo incondicional, con una cadena de gritos y de esos besos que te resuenan en los oídos durante mucho tiempo.

Yo tenía tantas ganas de vivir, de zambullirme en el mundo que había soñado durante mi infancia y adolescencia con la cabeza asomada por los barrotes de los balcones, que no me dio pena abandonar el pasado, sino

que me pareció un paso imprescindible para poder seguir hacia delante.

Nos sentíamos optimistas, exaltadas, igual que los pasajeros de un transatlántico cuando, después de una larga espera, lo sienten por fin zarpar.

Nuestra madre, subida en lo alto de la escalera, nos mostraba objetos extraños que iba sacando de una de las troneras del armario del pasillo, y nosotras, sin pensarlo siquiera, gritábamos desde abajo:

—¡Tíralo! ¡Tíralo! ¡Tíralo!

Y con esa frialdad que suele acompañar a los momentos más graves de la vida, mi madre llamó a Gil Stauffer Mudanzas y deshizo una casa en la que se habían ido acumulando muebles, objetos y recuerdos durante cincuenta años.

No recuerdo la casa vacía. Ni siquiera me despedí de ella. No hice ese recorrido que haría ahora, cuarto por cuarto, tratando de fijarla en mi memoria. Solo años después empecé a echar de menos San Agustín, a pensar que mi infancia no había sido un tibio preámbulo, sino una pieza fundamental en cómo iba a afrontar el resto de mi vida. Porque esos años consumidos sin consciencia habían tenido vida propia, mucha más de la que yo creía. Pero cuando me di cuenta y quise volver la cabeza, San Agustín ya no existía, sus personajes principales estaban muertos, y sus muebles y objetos, arrancados de su tronco, desperdigados por otras casas.

Aquella mañana todavía no era consciente, solo tenía tiempo por delante con las maletas en las manos y el viaje en el Seiscientos de mi hermana Belén que nos llevaría a mi madre, a Teresa y a mí hasta Barcelona.

No hubo golpe final al cerrar la puerta. No hubo eco

en la casa vacía. Tampoco estaban ya los porteros de siempre, Marcelo y Amada, para despedirnos.

En San Agustín solo se quedó el reloj del hall, un reloj de pie estilo inglés, que había dado todas las horas a lo largo de cincuenta años. El reloj que yo siempre miraba cuando volvía a casa, a mi casa.

También se quedó un banco cuadrado de madera donde de pequeñas dejábamos las carteras del colegio y de mayores los abrigos. Y la estufa de tubo del cuarto de plancha, aunque esa mañana no estaba encendida, y, a su lado, Juana Barquín, la criada más antigua de la casa, la que sirvió a la bisabuela, a la abuela y a mi madre. Y la que me contó tantas cosas de mi pasado.

Juana fue la única que lloró en directo la muerte de San Agustín, la única que comprendió que una época se había acabado definitivamente.

Y cuando nuestro coche desapareció paseo del Prado arriba, Juana se levantó despacio, se puso el abrigo, cerró todos los balcones, y dio ese portazo que con el paso del tiempo tanto deseé que nadie hubiera dado. Entregó las llaves al nuevo portero sin nombre, y todos nos quedamos fuera para siempre.

En ese instante, San Agustín se convirtió en un recuerdo y yo empecé a añorarlo con una fuerza insoportable. Y a base de soñar con San Agustín y de extrañarlo descubrí asombrada que yo solamente podía querer lo que no existía y, lo que era peor, que nada de lo que tuviese me bastaría hasta haberlo perdido.

— II —

UN CHICO DE MANSILLA DE LA SIERRA Y UNA CHICA DE LAVAPIÉS

El paraíso que Juana Barquín clausuró de un portazo se transfirió a mi cabeza y en ella vive. Está hecho de un material muy delicado y en cuanto mi cabeza se parece esfumará sin dejar rastro, como cuando el mago levanta el pañuelo en un golpe de efecto y la paloma ha desaparecido.

Pero yo todavía sigo en pie y no quiero dejar a los que me precedieron girando en mi memoria. Quiero alzarlos, darles relieve. Como aquel cuento que me trajeron los Reyes en el que al abrir las hojas, las figuras se despegaban del fondo y se erguían vibrantes, formando calles con personas, playas con barcos. En primer plano un niño detrás de una pelota, un gato en el alféizar de la ventana y, a lo lejos, un tren silbando que avanza a trompicones si mueves una manivela de cartón escondida detrás de la página.

Bebo un sorbo para continuar. Mi café sigue frío.

He abierto todas las contraventanas. La farola que tengo delante se ha encendido e ilumina la página imaginaria en la que, con la uña del dedo índice, separo del fondo la figura de mi bisabuelo Sixto. Aquí está, caminando hacia delante para abandonar la vida que tan poco significó para él: unos padres que nacieron en Mansilla de la Sierra y que allí mismo fueron enterrados. Unos campesinos tan

pobres que cuando su hijo se marchó del pueblo lo hizo a pie, sin un burro, sin una muda, con unas alpargatas que al llegar a Madrid habían perdido el esparto y parecían dos arenques secos.

Afino el oído porque oigo algo:

—Pero chico, ¿cómo puedes andar con eso?

En la calle Postas paran los carros y los coches de punto. Es también la calle de Madrid con más comercios, pegados, imbricados los unos en los otros. No hay un palmo de adoquines libre. Si queda un hueco lo ocupa un vendedor ambulante al que los guardias han echado de Sol de malas maneras. En las puertas se amontonan las especias, el azafrán y la canela, los botones y los hilos, el aguafuerte y los cepillos. Delante de la Posada del Peine, Sixto suelta el saco que lleva al hombro y entra a ver si consigue algo de comer. Un cochero le invita a su primer vaso de vino.

En 1867 Madrid es un poblachón manchego que aspira a sacudirse sus costras y sus harapos para ponerse a la altura de otras capitales que ya tienen una burguesía floreciente.

Sixto llega en el momento oportuno. Se ofrece para barrer o cargar fardos en todos los comercios del centro, desde la calle de la Sal a la de Atocha, pasando por la calle de la Cruz, Imperial y Boteros. Y consigue poco a poco que le dejen dormir en alguna trastienda, encima de una manta si los dueños son generosos o encima de unos cartones si son menos considerados. De comercio en comercio, de escoba en escoba, llega a la Carrera de San Jerónimo número 3, que tiene en los bajos una droguería con los cubos, las latas de aguarrás y los sacos de sosa colgados en la puerta; un local en decadencia, con

un dueño viejo y viudo que ha perdido al único hijo que tenía.

En el patio hay un pilón de granito con forma de abrevadero.

—Toma, lávate, que para trabajar en una droguería hay que ir limpio.

El jabón es una pastilla cuadrada, muy grande, la misma con la que el dueño friega el mostrador y los suelos. A Sixto apenas le cabe en la mano.

—Pero si eres rubio, canalla. ¿Y a quién has salido tú? Tú no tienes cara de paleta —y el agua chorrea negra por el pilón hasta colarse por el desagüe del centro.

No. El bisabuelo Sixto Romero no tiene cara de paleta. Solo he visto dos fotos suyas: el retrato oficial con su cuello duro, su barba partida en dos y sus ojos azules, y otro de cuerpo entero, al lado de un caballo, vestido con chaqueta y pantalón de montar.

Ese verano Sixto ya tiene un jergón en la trastienda de la Carrera, y de noche sale a sentarse con el dueño en un banco que le manda colocar en la puerta cuando el calor es excesivo.

—Agarra de ese lado, Sixto, que en Madrid todo es bueno menos el clima.

Hablan. Más el dueño que mi bisabuelo, que prefiere observar a dar su opinión.

—Julián, el hijo de mi hermano, será unos diez años mayor que tú. No sé qué hace. No viene nunca. Él sabrá. Porque cuando yo me muera de esto —y mueve la cabeza de un lado a otro marcando el territorio— podría ocuparse él.

En otoño, el dueño se queda a veces en la cama más de la cuenta y deja que Sixto, con una chaqueta de dril

que ha heredado del hijo fallecido, atienda a los primeros clientes.

—Dígame lo que busca que yo lo tengo y si no lo tengo, se lo encuentro.

Qué formal, qué educado, qué dispuesto a prosperar.

Sixto gusta a las criadas y a las señoras. En un dependiente siempre son un plus los ojos azules, los dedos largos, el pelo rubio, a la vez que el aire sereno y serio que provoca confianza. Consigue que si fulanita dudaba en llevarse un litro de aguafuerte, se lleve dos, y encima una pastilla de jabón de olor que, asegura, acaban de traerle de París gracias a sus contactos y que dentro de nada estará en las mejores tiendas del ramo.

—Pero a otro precio, claro está.

Poco a poco, el dueño va dejando que Sixto pase más tiempo detrás del mostrador que fregando la tienda. Y a los dos años de dejarse los nudillos frotando con el estropajo y la espalda cargando sacos, el dueño pasa la escoba y el jergón a otro chico que acaba de llegar de Segovia y le otorga a mi bisabuelo el puesto y el sueldo de dependiente.

Vamos mejorando. Y ahorrando. Aunque sea un céntimo o dos. Si hay que seguir comiendo pan con garbanzos se come. Y si hay que usar la ropa del hijo del dueño, aunque huela a muerto, se usa. Que gastar no es necesario. Y ahorrar un placer muy grande. Como plantar una semilla de trigo y ver cómo va creciendo.

Los domingos Sixto frecuenta Lavapiés, el antiguo barrio judío de Madrid. De allí sale Carmen Alonso, mi bisabuela, doña Carmen, figura materna por excelencia que imprimirá carácter a toda la saga que vendrá detrás.